

SUMARIO

	Páginas	
Las expediciones marítimas cortesianas.	3	<i>Angel Dotor.</i>
Nuestros clásicos: Canción del pirata...	9	<i>José de Espronceda.</i>
Recuerdos: Aquel atardecer en la estación de Niza.....	12	<i>Miguel Muñoz de San Pedro. Conde de San Miguel.</i>
El lago triste.....	15	<i>Francisco-Emilio García.</i>
Ave María Purísima: María Inmaculada..	16	<i>Marcelino González-Haba.</i>
Ideario Extremeño.....	20	<i>Donoso Cortés.</i>
Guadalquivir.....	21	<i>Ricardo de Val.</i>
<i>Fiat Lux</i>	22	<i>Vicente Nería.</i>
A la Santísima Virgen de la Victoria: Piedra en amor tallada.....	25	<i>Gregoria Collado.</i>
Romanidad: Del Congreso de Unión Latina de Madrid.....	26	<i>Ricardo Becerro de Bengoa.</i>
¡Te vas haciendo viejo, catedrático!....	33	<i>Eladía Montesino.</i>
Nada y todo. (Cuento).....	34	<i>Jesús Delgado.</i>
Renuevo de amor.....	37	<i>José Canal.</i>
Tertulias de antaño: Las maravillas del Mundo.....	38	<i>«Danhur»,</i>
Páginas antológicas: Doncellas sin amor.	41	<i>Ricardo León.</i>
Gabriel y Galán (II y último).....	45	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Nube.....	53	<i>Manuel Monterrey.</i>
Indecisión.....	54	<i>M. Ostos Gabella.</i>
La Catedral de Coria y la Inmaculada Concepción.....	55	<i>Jesús San - Pedro, Canónigo de Coria.</i>
En los pinos.....	59	<i>Manuel Pacheco.</i>
Poemas: La muerte no nos mata y Dormiremos.....	60	<i>Santos Sánchez-Marin.</i>
De todo un poco: Configuración, métrica y estado actual del universo físico (III).	61	<i>Eltiseo Ortega Rodrigo.</i>
Poemas de la madurez: Un sutil frío....	68	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Pintores extremeños: Luis de Morales..	69	<i>Antonio López Martínez.</i>
Crítica sin hiel.....	71	<i>Un Aprendiz de Hablista.</i>
Río.....	75	<i>Eugenio Payo.</i>
Recuerdos de ayer.....	76	<i>Carmen Marquina.</i>
La Estatua de S. Pedro de Alcántara en la Plaza de St ^a . María de Cáceres.....	77	<i>José de Hinjos.</i>
Acorde lírico, X.....	91	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Del amor, muy Sur.....	92	<i>Fausto Botello de las Heras.</i>
Letras de luto: D. Juan Muñoz Casillas.	93	<i>P. R. M.</i>
La Delegación de Servicios Culturales..	94	<i>La Redacción.</i>
El «Cine» Nacional y el Monasterio de Yuste.....	95	<i>Teodoro Gil Cepeda.</i>
Pensamientos.....	96	<i>San Juan, Zenón y Amiel.</i>
Nuevo Delegado de los Servicios Culturales.....	97	<i>La Redacción.</i>
Mirador: Crónica.....	98	<i>Curio O'Xillo.</i>
Recensiones.....	103	<i>«Omar el Zegri» y J. C.</i>
Notas breves: De dentro y de fuera....	110	<i>José de la Peña.</i>
Noticia de Revistas.....	112	<i>José Canal.</i>
Varia.....	116	
Láminas.....	116	

Nuestros artistas: «Francisco Pizarro», por Enrique Pérez Comendador; Dibujo a pluma de San Pedro de Alcántara, de «Hijos» y fotos de Castellanos, Mas, Olivenza y Javier.



ALCANTARA



Año X

OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE

Núms. 84-85-86

LAS EXPEDICIONES MARITIMAS CORTESIANAS

SIEMPRE es ocasión adecuada para exaltar los aspectos personales y los momentos de la vida de Hernán Cortés denotadores de su valor castrense e intuición política, que le erigieron en el acaso más grande forjador de nuestro inigualado Imperio, por lo que no en balde fué llamado «César de la Hispanidad». Tal oportunidad sube de punto tratándose de facetas de sus cualidades menos conocidas o en parte olvidadas, pese a que entrañen evidencia ejemplar en su espíritu español y católico, que así cabe conceptuar las que nos ofrece su perfil biográfico como propulsor de los descubrimientos, exploraciones y navegación de su época.

Bien patentizado quedó que no era bastante para satisfacer e noble afán del Conquistador genial e invencible haber descubierto y colonizado un territorio mayor que la metrópoli, cuya vida quedó a poco inspirada en los hispanos módulos. Su genio, creador de grandes concepciones geográficas, le impelía a proseguir la exploración de nuevas tierras, adunando para ello las empresas continentales y las expediciones marítimas. Con razón se ha dicho de ambas, y acaso más de las segundas, que le interesaban más que las minas y los férciles cultivos, por él también propulsados brillantemente, ya que no en vano afirmaba, refiriéndose a ellas, ser «la mayor cosa y de que más provecho redundará desde que las Indias se han descubierto».

Comprendiendo que tanto por el Norte como por el Sur había campo para ensanchar sus dominios, quiso anticiparse a otros posibles competidores. Además, le obsesionaba la idea de descubrir algún paso de comunicación entre los dos océanos, que tanto facilitaría el contacto de España con las islas Molucas, emporio de riqueza, cuya importancia mucho había subido de punto tras el periplo de Magallanes y Elcano. La preocupación de Cortés por hallar tal estrecho—que, en puridad, era la misma que habían sentido Colón, Vesputio, Corterreal, Magallanes y Cabot, queda reflejada en

las instrucciones dadas a sus capitanes Olid y Alvarado al partir ambos al frente de sus respectivas expediciones a Honduras—llamada entonces las Hibueras o Higueras—y Guatemala. «Y tengo por cierto—decía—, según las nuevas figuras de aquella tierra que yo tengo, que se han de juntar el dicho Pedro de Alvarado y Cristóbal Dolid, si estrecho no los parte».

En la quinta y última *Carta de Relación* cortesiana vemos una interesantísima exposición de sus proyectos para ampliar los dominios del monarca español, siendo de señalar, entre ellos, por su cardinal importancia, los viajes «para descubrir toda la Especería y otras islas», o sea lo que los marinos denominaban entonces «la vuelta de Poniente», a cuyo fin «daría tal orden que el Emperador no la tuviera por simple rescate como el rey de Portugal», sino «por cosa propia».

No cabe dar aquí sino un bosquejo de tal aportación cortesiana a las empresas marítimas del siglo XVI, aportación desarrollada con ejemplar entusiasmo, pese a la inacabable serie de dificultades de toda índole con que tuvo que luchar y cuya reseña exigiría considerable espacio.

En Septiembre de 1526 tenía ya en Zacatula tres navíos «listos y muy a punto para se partir a descubrir por aquellas partes y costas», cuando recibió un comunicado haciéndole saber que acababa de llegar al litoral del Mar del Sur un barco procedente de España. Se trataba del galeón *Santiago*, uno de los seis integrantes de la armada que, al mando del comendador García Jofre de Loaysa, había salido de La Coruña el 24 de Julio de 1525 con rumbo a las Molucas, prosiguiendo la empresa un lustro antes iniciada por Magallanes (expedición que llegó al archipiélago de San Lázaro, después llamado Filipinas, en Octubre de 1526, tras viaje más rápido que el de Magallanes, pero a costa de mayores pérdidas, figurando entre ellas el propio Loaysa y Juan Sebastián Elcano, que lo acompañaba, ambos muertos en la travesía del Pacífico). Aquel barco había quedado a la zaga de los demás, que, tras atravesar el estrecho austral descubierta por aquel gran marino, cruzaba la inmensidad oceánica, y, viéndose perdido tomó rumbo hacia el Norte, buscando las ya entonces llamadas «tierras de Hernán Cortés». Había navegado durante cincuenta y cinco días—desde 1 de Junio hasta el 25 de Julio—cubriéndose más de mil doscientas leguas, siempre con el mismo rumbo, sin otros bastimentos que cuatro quintales de bizcocho y ocho pipas de agua, cuando se aproximó a un cabo del golfo de Tehuantepec. No contando batel alguno para desembarcar, se ofre-



NUESTROS ARTISTAS.—«Francisco Pizarro», por Enrique Pérez Comendador. (Fotos A. Castellanos)

ció el clérigo Juan de Areizaga, primo del patrón de la nave, Santiago de Guevara, para arrojarle audazmente al agua en una caja, esperando poder llegar así hasta la costa de aquella desconocida tierra, lo cual hizo con gran riesgo de perecer, pues la caja volcó a causa de la marejada teniendo la suerte de ser salvado por unos indios, que lo llevaron maltrecho, al poblado. Gran emoción causó le no sólo escuchar de labios del cacique indígena las palabras *Santa María*, sino ver allí una cruz plantada, que luego supo fué puesta por los primeros expedicionarios de Cortés cuando, algunos años antes, habían dado vista al llamado Mar del Sur. A continuación marchó Areizaga de Tehuantepec a México.

Aquel episodio inició el contacto entre los exploradores del Pacífico y los conquistadores de la Nueva España, contacto que se incrementaría en seguida, pues Carlos V había escrito a Cortés una carta, fechada en Granada el 22 de Junio de 1526, confiándole misiones concretas en tal sentido. Estas fueron averiguar el paradero de la nao *Trinidad*, perteneciente a la armada de Magallanes—que por no poder seguir a Elcano en su viaje de circunnavegación hubo de desviarse tomando el rumbo de Panamá—, prestar auxilio a la armada de Loaysa y averiguar qué había sido de otra mandada por Sebastián Cabotó, la cual no llegó a rodear el extremo austral del continente americano. Y he aquí que Cortés, sobreponiéndose al efecto deprimente causado en su ánimo por la fiscalización de que precisamente entonces era objeto con la llegada del licenciado Luis Ponce de León, nombrado «juez de residencia», se prestó a servir al Emperador, constituyendo aquella circunstancia verdadero acicate para sus ambiciones expansivas.

Con premura dispuso la partida de una expedición, cuyo mando confió a su primo Alvaro Saavedra Cerón, expedición integrada por la nao *Florida*, tripulada por doce hombres de mar y treinta y ocho de guerra, la *Santiago* con cuarenta y cinco hombres, y la *Sancti Spiritus*, con quince, barcos los tres que, al decir del Conquistador, eran «los más bien aderezados que jamás se vieron, así de bastimentos y artillería, armas o munición, como de gente de mar y tierra, y oficiales de carpintería, y herreros y ballesteros, e fraguas, e hierro y acero, y albañiles o canteros para hacer fortalezas, y botica, y medicinas, y boticarios, y mucho rescate, chinchorros y aparejos de pesquería y otras cosas que se pudo alcanzar de que podía tener necesidad, y de capitán suficiente y bien informado de lo que debía de hacer, así por la instrucción de Su Majestad como por la que el marqués le dió; y de lenguas latinas y arábicas, y de las de Calicut...» Salieron

de Aguatlanejo o Zihuatanejo el 31 de Octubre de 1527, y tras lenta navegación, el 15 de Diciembre naufragaron dos de ellos, llegando a Tidore el tripulado por Saavedra el 30 de Marzo siguiente, lo que permitió al mismo avistarse con Hernando de la Torre, jefe de los españoles supervivientes que había en el archipiélago. Cuando ya había sido aquella parte oceánica ampliamente explorada, murió Saavedra, el 19 de Octubre de 1529, y su nave, tras mil azares, tuvo el mismo triste destino que cuantas, pertenecientes a otras expediciones similares, consiguieron salvarse del naufragio: no volver al puerto de partida. Años después, Carlos V, tras sostener en las Juntas de Badajoz sus derechos a la posesión de las Molucas, por el Tratado de Tordesillas hizo temporal cesión del archipiélago a Portugal, a cambio de 350.000 ducados, pequeña compensación dineraria que necesitaba para las guerras de religión, en Europa.

Sólo transcurrió un trienio sin proseguir Cortés sus empresas de navegación, tiempo en que no pudo ocuparse de ellas principalmente por su viaje a España. Pero desembarcado en Veracruz el 13 de Julio de 1530, pronto pensó dedicar a las mismas sus más acendrados esfuerzos, pese a que tan desagradables sorpresas le estaban allí reservadas como expresión, por lo general, de una embozada hostilidad cuyo origen hay que buscar precisamente en lo superior que era su espíritu al medio ambiente que le rodeaba. Su carácter dinámico, esencialmente creador, no se avenía con la relativa quietud que allí encontró, y dando fe de serle consubstancial la acción superadora, pronto organizó la expedición de una nueva armada.

El 30 de Junio de 1532 salieron de Acapulco las naves *San Miguel* y *San Marcos*, allí mismo construidas, al mando de Diego Hurtado de Mendoza, también primo de Cortés, que por entonces había explorado todo el litoral atlántico, desde Honduras a Panamá, en busca del presentido estrecho; pero la expedición constituyó un fracaso, pues si bien fueron descubiertas las islas Marias, llegando hasta el paralelo 27°, perdióse uno de los barcos y el otro tuvo que arribar, medio destrozado, a la costa de Jalisco.

Al año siguiente envió otros dos navíos, mandados por Hernando de Grijalba y Diego de Becerra, resultando esta expedición más desastrosa aún que la anterior, ya que el piloto Fortún Jiménez mató al segundo de dichos capitanes y, tras descubrir las islas de Socorro y San Benedicto y la península de la Baja California—que se creyó era una isla, a la que denominaron Santa Cruz—, donde cogieron perlas los tripulantes, aquél fué muerto a su vez, por los indios, cayendo el barco en poder de Nuño de Guzmán, empecinado

enemigo de Cortés. En vista de ello, éste decidió dirigir personalmente una nueva expedición, a cuyo efecto, acompañado del capitán Andrés de Tapia y llevando trescientos españoles, treinta mujeres y ciento treinta caballos, marchó por tierra a Chiámetlla, desde donde rescató el bajel de Becerra, tras lo cual embarcaron el 5 de Abril de 1535 en los llamados *Santa Agueda*, *San Lázaro* y *Santo Tomás*, recién construidos en Tohuantepec, que fueron allí a esperar al Conquistador. El temporal impidió a dos de los bergantines llegar a California, por lo que, pasado algún tiempo y agotadas que quedaron las provisiones, hubo de volver Cortés en su busca, logrando hallarlos y llevar nuevos bastimentos para intentar la colonización, de la que, al fin, hubo de desistir. Como transcurría tanto tiempo sin recibirse en México noticias de los expedicionarios, sus deudos sintieron la natural inquietud, llegando hasta a quejarse al Virrey, que había asumido el cargo poco después de la partida de aquéllos. Hasta la propia esposa de Cortés, doña Juana de Zúñiga, apesadumbrada, le rogó hiciera lo posible por conseguir su retorno, que al fin tuvo lugar, tras tres años de arrostrar incesantes peligros y sufrir pérdidas muy elevadas, como consecuencia de la difícil travesía y la insalubridad de aquellas tierras descubiertas.

Al regresar de California recibió Cortés una misiva de Francisco Pizarro, en la que éste le pedía ayuda, pues se hallaba en Lima sitiado por los sublevados incas y necesitaba, además, socorrer a sus hermanos, que lo estaban en el Cuzco, «la cosa más señalada y de más importancia que se puede descubrir», plaza que decía se perdería de no recibir pronto socorro. Cortés acogió con calor el llamamiento de su primo, y rápidamente dispuso el envío de dos barcos mandados por Hernández de Grijalba, el cual llevaba sesenta hombres, diecisiete caballos, importante cantidad de vituallas, armas y hasta objetos suntuarios: vestidos de seda y terciopelo, ropas de marta, sitiales, etc., contribuyendo así, con los envíos de refuerzos hechos, a su vez, por la Audiencia de Santo Domingo, el licenciado Gaspar de Espinosa y Diego de Ayala, a salvar la apremiante situación del conquistador del Perú.

La última expedición organizada por Cortés la componían tres bergantines al mando del capitán Francisco de Ulloa, los cuales, pertrechados para medio año, salieron de Acapulco el 8 de Julio de 1536, y tras penetrar hasta el fondo del entonces llamado, indistintamente, *golfo de las perlas*, *seno californiano*, *mar bermejo* y *mar de Cortés*, volvieron a costear la península para avanzar por su litoral occidental hacia el Norte. Dos de las naves se perdieron,

muriendo Ulloa cuando había alcanzado el paralelo 32 de latitud Norte.

Cortés se vió obligado a abandonar aquellas expediciones marítimas no sólo por haber invertido en ellas sumas cuantiosas — se ha calculado que las últimas requirieron más de trescientos mil castellanos de oro — sin reportarle beneficio alguno, sino por la carencia de la libertad necesaria para fomentarlas, ya que todo era mediación y suspicacia. Como quiera que desde la renuncia a las Molucas la exploración del Mar del Sur quedaba limitada a la zona continental, surgió la pugna entre el Conquistador y el Virrey, pues éste creía que el cargo llevaba implícitas idénticas atribuciones que la concesión especial otorgada a Cortés para ensanchar los territorios de la colonia. Por entonces conoció el Virrey, don Antonio de Mendoza, la relación del franciscano Fr. Marcos de Niza acerca de un país imaginario, verdadera tierra de ensueño y quimera, llamado genéricamente *las siete ciudades*, alguna de las cuales creíase que tenía una civilización refinada y «era tan grande que habría dos Sevillas en ella», y aunque prudentemente no se puso en camino para explorarla, confió el encargo de hacerlo al audaz Vázquez de Coronado, a la sazón gobernador de la Nueva Galicia, cabiendo pensar que temió pudiera adelantársele Cortés. Sin embargo, éste, cuyo tributo a las empresas geográficas había sido ya tan excepcional como el anteriormente rendido a las castrenses, no se sentía animado a proseguirlas al ver cómo venían siendo contrariados sus planes, llegando a preterirse para nuevas empresas. Cumplíase lo que Bernal Díaz del Castillo dijo refiriéndose a esto: «Nunca tuvo ventura en cosa que pusiera la mano, sino que todo se le tornaba espinas y se le hacía mal». Ello explica que no fuera él quien recogiera el fruto de aquella labor inteligente, esmaltada por tan sin iguales proezas.

A modo de prueba incontestable de toda esa actividad impar en la integración territorial de la Nueva España quedó un mapa famoso, el más antiguo que de aquellas tierras se conoce, preciado documento tanto para la historia de las exploraciones de la época como para la biografía de Cortés, quien lo mandó hacer a Domingo del Castillo cuando éste iba a unirse a la expedición de Vázquez de Coronado a las *siete ciudades*. En tan curioso trabajo cartográfico figura no sólo la zona recorrida por Cortés y sus pilotos, sino cuatro grados más de latitud, en los que se incluyó ya la desembocadura del río Colorado, que Castillo acababa de remontar.

ANGEL DOTOR
Académico de la Historia y B. Artes

NUESTROS CLASICOS

CANCION del PIRATA

Con diez cañones por banda,
fiento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín:
bajel pirata que llaman,
por su bravura, el **Temido**,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Estambul.

«Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

«Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones